

Siguiendo la rutina de un día cualquiera, salí de casa para comprar mi periódico de siempre, luego comencé a hojearle, hasta que encontré aquella noticia que me estremeció. Mi mente con la velocidad de un rayo de luz me hizo retroceder en el tiempo veinticinco años. Era el año 1980 y el Ballet de Bellas Artes de México estrenaba la versión de *Coppelia* que había coreografiado Alicia Alonso, a mi me correspondía el rol del Doctor Coppelius, además, de asesorar la puesta en escena. Junto a mí ya por entonces, un viejo veterano, estaba, un joven y renombrado bailarín que encarnaría el papel de Frank, su fama le precedía y el público de Ciudad México le aguardaba con ansiedad, se trataba nada más y nada menos que de Fernando Bujones que tendría como pareja a la primera bailarina mexicana Susana Benavides. Trabajamos durante varios días antes del estreno, él pidió efectuar pequeños cambios en la pantomima para acercarla a la versión del American Ballet Theatre, a la que estaba acostumbrado. Aun así no le fue difícil adaptarse en lo demás, a la concepción de la escuela cubana, pues para él se trataba de la vuelta a la semilla. Finalmente, llegó la noche del estreno, el teatro estaba repleto de espectadores y Bujones bailó como nunca. La emoción inundó al público asistente y la danza masculina recuperó el predominio de la escena, como si el espíritu de Vaslav Nijinsky se hubiera adueñado de su cuerpo. Aun resuenan en mis oídos aquellos aplausos, los mismos que el 10 de noviembre anunciaban al mundo la despedida de un Príncipe de la Danza. Pienso como Martí, "que cuando se ha vivido bien la muerte es un carro de triunfo".

ADOLFO ROVAL

El destino de Fernando estuvo marcado por la casualidad, nació por accidente en la Ciudad de Miami en 1955, su madre que había viajado desde Cuba su país natal, a Estados Unidos para una corta estancia se vio sorprendida por el alumbramiento de su hijo. Seguramente, en otras circunstancias, hubiera debido nacer y morir en Cuba, pero la rueda del azar cambió su rumbo para que además, abandonara este mundo por la misma puerta por la que entró y que lo hiciera de forma tan inesperada y sorpresiva como su llegada.

Hoy me viene a la mente el día que llegó a la escuela, no había cumplido los ocho años que era la edad de admisión por aquel entonces, y todos los demás que habíamos aceptado ya tenían los nueve cumplidos, tuve que agregarle edad en la inscripción para que pudiera estudiar ballet. No había nada en ese momento que me permitiera presagiar lo que sería después, un niño delgadito y rubio que no destacaba de manera especial de entre los otros que entraron ese día, sólo observé un detalle que me hubiera permitido augurar una gran carrera, sus pies, ya eran los de un bailarín de primera clase.

Cuando comenzó el curso, noté que se cansaba muy pronto y muchas veces tuve que cargarle para que se mantuviera en el salón de ballet hasta el final, aunque debo decir que le encantaba venir a las clases. Era en extremo musical, cosa muy rara en los niños de su edad. Por otra parte, era enormemente sensible profesaba una inmensa devoción a su madre Mary, así como por la que llamaba su tía, Zeida Cecilia. En la academia no hablaba mucho, pero sin embargo, recuerdo que cuando lo visitaba en su casa del barrio de Miramar de La Habana, se transformaba en un amigable conversador.

Pienso en aquellos años y veo un pequeño de enorme ojos claros con los que me miraba atentamente, para luego sorprenderme, pues lo más notorio de él en esa época es que cuando le enseñabas un paso o movimiento ya no tenías que volverle a corregir. En los escasos dos años que estuvo allí en nuestra escuela ya pude imaginarme su futuro, pues a su extraordinaria capacidad intelectual unía las dos cualidades que hacen grande a un bailarín, condiciones físicas excepcionales y una inmensa sensibilidad artística.

Hoy cuando me miro al espejo y veo que le he sobrevivido pienso que no es justo que muriera tan temprano.

JOAQUÍN BANEGAS



Adiós a Fernando Bujones

Texto & Foto > Adolfo Roval